

de la ciudad, una casa antigua con una puerta de arco de medio punto, que da a un patio lleno de luz. Dicen que fué de allí de donde, en aquella tarde aciaga, salió una mujer sollozante y jadeante que, cruzando por entre la selva de picos y bastones, llegó hasta el Señor, y al ver su frente desfigurada, su rostro horriblemente afeado por coágulos de sangre, lágrimas y polvo; sus párpados cárdenos y sanguinolentos; sus labios flácidos y amoratados; distendidos los músculos y los nervios desgajados, retira el velo de su cabeza, limpia el rostro divino y esconde celosamente su tesoro, porque es fama que en aquel lienzo quedó grabado el rostro del Redentor, y son varias las iglesias que creen poseer todavía la sagrada imagen, que reprodujo este arranque de fe y de compasión amorosa.

Tal fué la intervención de la Verónica o Berenice, un alma leal y generosa entre la turba de los enemigos, de los desgraciados, de los renegados, de los curiosos, de los tímidos y de los vacilantes. Suponen antiguos escritores que es la misma que una aglomeración semejante, no lejos de las riberas de Genesareth, fué curada del flujo de sangre que hacía años la atormentaba. Ella es el amor agradecido. Eusebio de Cesárea cuenta que él había visto en Sidón una estatua que esta mujer afortunada había mandado esculpir para conservar en la piedra los rasgos del lienzo milagroso.

LAS HIJAS DE JERUSALEN

«Seguíale —dice San Lucas— una gran muchedumbre de pueblo y de mujeres, las cuales se deshacían en llantos y le plañían.» Tal vez pertenecían a una asociación de damas nobles, que, según una noticia rabínica, tenía como objeto asistir de alguna manera a los condenados a muerte, aliviando su do-

lor, y procurándoles en particular una bebida, en que el vino se mezclaba con el incienso, a fin de amortiguar el sentimiento de la última pena; tal vez eran los discípulos fieles que le habían seguido de Galilea. Porque, ya durante su vida pública vemos cómo las mujeres le siguen, le atienden, le escuchan y ponen a su disposición su propia fortuna: son Marta y María, cuyo amor le recibe en Betania; es María Magdalena, unida al Maestro, por un recuerdo imborrable; es Juana de Cusa, representante de la alta sociedad; es la madre de Santiago y Juan... Le acompañan y tienen fe en El hasta en la hora terrible de la soledad suprema; están pendientes de sus labios y de su alma. Y lloran. ¡Gran consuelo para El! Mas El, que gracias al Cirineo está ya libre de la cruz, se vuelve hacia ellas y, deseando elevar su natural compasión al aborrecimiento del pecado, que era la causa de sus tormentos, les habla de esta manera «No lloréis sobre mí; llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos. Porque vendrán días en que se dirá: Bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron y los pechos que no criaron...» En medio de sus dolores, Jesús piensa en la catástrofe que se cierne sobre aquella ciudad. Sensible a la menor atención, ama infinitamente a quienes se preocupan de él y piensan en él, y por eso les llama la atención sobre su propia alma, depurando, transformando los nobles sentimientos de ternura femenina. Lloradme, parece decirles, con un amor que os haga más bellas, más nobles, más excelsas, y formad hombres que sean vuestro consuelo. Es horrible dar la vida a un Judas, a un verdugo del Señor, a un hombre que se condena, comunicar una vida que desemboca en la muerte eterna. Mejor hubiera sido no sentir las alegrías del alumbramiento. ¡Y cuántas madres se encontrarán con Jesús a través de